

PIEDRAS, BARRICADAS Y CACEROLAS

*Las jornadas nacionales de protesta
Chile 1983-1986*

PIEDRAS, BARRICADAS Y CACEROLAS

*Las jornadas nacionales de protesta
Chile 1983-1986*

VIVIANA BRAVO VARGAS



EDICIONES
UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO

PIEDRAS, BARRICADAS Y CACEROLAS
Las jornadas nacionales de protesta. Chile 1983-1986

© Viviana Bravo Vargas

Ediciones Universidad Alberto Hurtado
Alameda 1869 - Santiago de Chile
mgarciam@uahurtado.cl – 56-228897726
www.uahurtado.cl

Impreso en Santiago de Chile por C y C impresores
Primera edición de 600 ejemplares: julio de 2017

Este texto fue sometido al sistema de referato ciego externo

ISBN libro impreso: 978-956-357-114-1
ISBN libro digital: 978-956-357-115-8

Registro de propiedad intelectual N° 279.599

Las fotografías utilizadas en el interior de este libro fueron autorizadas por la Fundación de Documentación y Archivo de la Vicaría de la Solidaridad. Se agradece la generosa donación.

Dirección editorial
Alejandra Stevenson Valdés

Editora ejecutiva
Beatriz García-Huidobro M.

Diseño de la colección
Francisca Toral R.

Diagramación interior
Gloria Barrios A.

Imagen de portada: fotografía de Juan Carlos Cáceres en Avenida General Velásquez durante las jornadas de protesta del paro nacional del 2 y 3 de julio de 1986.



Con las debidas licencias. Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

ÍNDICE

| | |
|-----------------|----|
| Agradecimientos | 13 |
| Introducción | 15 |

PRIMERA PARTE SENTIMIENTO DE INJUSTICIA, IMPULSO RADICAL Y ORGANIZACIÓN MULTIFACÉTICA

| | |
|---|-----|
| CAPÍTULO I | |
| LA TRANSFORMACIÓN NEOLIBERAL DE LA VIDA Y DEL TRABAJO | 45 |
| Primera tarea: ordenar la casa (1973-1975) | 47 |
| Segunda tarea: una transformación radical (1976-1982) | 50 |
| El difícil camino de la unidad sindical | 60 |
| Los programas transitorios de empleo: el PEM y el POJH | 64 |
| Indignación y pobreza: la protesta del POJH | 72 |
| CAPÍTULO II | |
| CUERPO Y ALMA DE LA PROTESTA I: LA SOLIDARIDAD Y LA IGLESIA COMPROMETIDA | 83 |
| Los están matando. ¡Hay que salvar gente! | 85 |
| La Vicaría de la Solidaridad: encuentro y rearticulación de la política | 96 |
| Protestas nacionales: registro, denuncia y clínicas clandestinas | 101 |

| | |
|--|-----|
| CAPÍTULO III | |
| CUERPO Y ALMA DE LA PROTESTA II: LOS POBLADORES | 105 |
| Hacinamiento, cesantía y segregación | 108 |
| Las mujeres pobladoras se organizan | 114 |
| Criminalización de la pobreza, allanamiento y relegación | 119 |

| | |
|--|-----|
| CAPÍTULO IV | |
| CUERPO Y ALMA DE LA PROTESTA III: LOS ESTUDIANTES | 129 |
| La ACU y el arte de rebelarse | 136 |
| “El que paga no tiene tiempo para meterse en política” | 142 |
| “Las protestas nos fueron marcando el paso” | 147 |
| “Con el paro, con la FECh, a botar a Pinochet” | 154 |

| | |
|---|-----|
| CAPÍTULO V | |
| CUERPO Y ALMA DE LA PROTESTA IV: LOS MILITANTES | 169 |
| Militar en dictadura o el orgullo de ser un luchador social | 174 |
| Agitadores locales: los profesionales de las protestas | 183 |
| De la protesta permanente a la frustración prolongada | 193 |

| | |
|--|-----|
| CAPÍTULO VI | |
| CALLEJERA Y HECHA A MANO: TERRITORIO, IDENTIDAD Y CULTURA DE LA PROTESTA | 201 |
| La calle | 203 |
| El ruido | 212 |
| La noche y el fuego | 220 |
| Las piedras | 228 |

SEGUNDA PARTE

PROTESTAS NACIONALES: CRÓNICA DE UN CICLO DE MOVILIZACIÓN URBANO-POPULAR (1983-1986)

| | |
|---|-----|
| CAPÍTULO VII | |
| MIL NOVECIENTOS OCHENTA Y TRES | 241 |
| “Nuestro problema no es de una ley más o una ley menos” | 242 |

| | |
|--|-----|
| ¡Todos juntos y al mismo tiempo! | 263 |
| La apertura. Primer movimiento: 18 mil soldados rodean la ciudad | 274 |
| La “apertura”. Segundo movimiento: ¿es hora de hablar? | 286 |
| A diez años del golpe militar: ¡Se siente, se siente... Allende está presente! | 293 |
| CAPÍTULO VIII | |
| MIL NOVECIENTOS OCHENTA Y CUATRO | 323 |
| El “puntarenazo” | 325 |
| El puntapié inicial: una fogata en cada esquina | 330 |
| A un año de protestas, una pequeña réplica | 338 |
| El “toque de sensatez”: hacia la salida pactada | 342 |
| “Sin protesta no hay cambios” | 349 |
| El paro de octubre | 365 |
| CAPÍTULO IX | |
| ESTADO DE SITIO O LA NUEVA PACIFICACIÓN DE CHILE | 377 |
| Siete meses y diez días | 383 |
| Las protestas sitiadas: “fue como empezar de nuevo” | 389 |
| La transición pactada y el jaque a la protesta | 394 |
| El paro del 2 y 3 de julio: clímax y final de una etapa | 399 |
| CONSIDERACIONES FINALES | 411 |
| FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA | 423 |

*A mi abuela María Bravo,
inmensa, brillante y cercana, como la Cruz del Sur.*

AGRADECIMIENTOS

La presente investigación, fruto de mi tesis doctoral, es deudora de diversas personas e instituciones. En primer lugar, debo agradecer al Posgrado en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México, espacio de debate, mirada crítica y resistencia reflexiva en el que me formé como investigadora y con el que estaré eternamente en deuda. Gran parte de este trabajo fue inspirado por los debates y reflexiones en seminarios y cursos que durante varios años desarrolló mi asesor de tesis y amigo, el historiador Adolfo Gilly. Mi total gratitud por sus palabras de aliento, sus historias vagabundas, sus ejemplos. También debo agradecer por su apoyo al Dr. Lucio Oliver, director del Programa durante aquellos años, y al Dr. Ricardo Melgar, agudo investigador que aportó en mi formación con las sutilezas y profundidades de la mirada antropológica y latinoamericana.

Un importante lugar aquí debe tener el apoyo brindado por Conacyt y la Beca por Gestión Propia del gobierno de Chile. También es necesario agradecer a las becas posdoctorales de la Coordinación de Humanidades de la UNAM, que financió la estancia realizada en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades. Gracias a ella este texto pudo ser corregido y enviado al Premio Casa de las Américas 2013, donde fue galardonado con la mención honorífica. En este proceso fueron fundamentales las orientaciones académicas y humanas de la doctora Elvira Concheiro. Mi infinita gratitud hacia ella.

Mis agradecimientos a todos y todas quienes resguardaron, catalogaron y preservaron el Archivo de la Vicaría de la Solidaridad en aquellos tiempos y ahora. Un especial reconocimiento por su colaboración a Juanita Guerra y Argentina Valenzuela, trabajadoras durante aquellos años, por ayudarme a encontrar y reproducir

cientos de documentos. El frío santiaguino siempre fue más cálido con su camaradería y estufa compartida. Parte importante de los acervos aquí trabajados me fueron facilitados con suma generosidad por el dirigente sindical Luis Fuentealba, quien durante décadas se encargó de guardar con cariño y perspectiva histórica los documentos elaborados por las organizaciones de trabajadores durante la dictadura. La revisión de parte importante de la prensa chilena quedó en manos de Antonia Garcés, ayudante de esta investigación, quien con celeridad superó las distancias y facilitó enormemente la elaboración de este trabajo. Mi infinita gratitud a mi amiga Andrea Gallardo por su eterna paciencia en la realización de mapas históricos que trascienden este proyecto. Un espacio muy especial deben tener aquí quienes generosamente me entregaron su testimonio y ayudaron a entender la experiencia de protestar contra la dictadura.

Debo agradecer a mi gran familia de la sangre y de la vida, chilena y mexicana, una y otra vez. Gracias por la solidaridad que siempre fue del sur, por indignarse ante las injusticias y querer ser peligrosos con una guitarra, un secreto y una historia llena de gente. El más eterno de los abrazos para Jaddiel Díaz Frene y nuestra hija Dhana... que son todo.

INTRODUCCIÓN



I

La historia que aquí se escribe reúne y recuerda las experiencias de resistir masiva y coordinadamente al régimen del general Augusto Pinochet. Fueron “la seguidilla más nutrida de revueltas populares de toda la historia de Chile”¹, asegura el historiador chileno Gabriel Salazar. “Lo que no lograban el llamado a paro ni las interpelaciones de los partidos políticos, lo consigue la protesta nacional”², señalan por su parte De la Maza y Garcés. No obstante, si los costos de la instauración de las políticas neoliberales han quedado sepultados bajo esa exitosa y artificiosa imagen de país que coronó el fin de la dictadura, menos aún se recuerdan la potencia, persistencia y presión del ciclo de rebelión popular que se inició masivamente desde mayo de 1983 y se sostuvo —con altos y bajos— hasta prácticamente finalizar el régimen.

Con la presente investigación se persiguen dos objetivos o problemas íntimamente relacionados. En primer lugar, indagar sobre las razones del origen y carácter de estas masivas movilizaciones sociales discutiendo con las tesis que redujeron las jornadas de protesta a una expresión de anomia e irracionalidad social que solo manifestaba el deseo de los marginados por incorporarse al sistema político. En segundo lugar, cuestionar los planteamientos de lo que podríamos denominar la “historia oficial” de la transición, divulgada por intelectuales orgánicos que la han caracterizado como una

¹ Salazar, Gabriel. *La violencia política popular en las “Grandes Alamedas”. La violencia en Chile 1947-1987* (una perspectiva histórico-popular). LOM, Santiago, 2006 (2ª Edición). p. 297.

² De la Maza, Gonzalo y Mario Garcés. *La explosión de las mayorías. Protesta Nacional 1983-1984*. Eco, Santiago, 1985. p. 28.

obra de ingeniería negociadora, pacífica y consensual aportada por la madurez de las élites políticas para desentrañar el papel que las protestas cumplieron en el proceso de recuperación democrática.

Explorando en las dimensiones subjetivas, la primera hipótesis de este libro postula que nos encontramos con sujetos políticos conscientes y activos, motivados por agravios propulsores como el despojo, la explotación y la humillación bajo los violentos cambios estructurales provocados por el modelo neoliberal, pero también sostenidos por experiencias históricas, cotidianas, orgánicas y militantes de un proceso de lucha de larga data. Así, apelando a diversas formas de lucha y tradiciones políticas, los sectores que protagonizaron las jornadas supieron organizarse y rebelarse por la defensa de sus derechos, proyectos y sueños.

Nuestra segunda hipótesis plantea que las protestas desempeñaron un papel fundamental en la construcción de un proceso de democratización social (mucho más amplio que la “transición política”) que ensanchó los espacios de debate, politización, organización y presencia pública de la oposición a la dictadura. En este sentido, las jornadas nacionales lograron cambiar la correlación de fuerzas de la oposición y, entre otras cosas, generaron las condiciones de posibilidad para que los partidos políticos tolerados por la dictadura pudiesen desarrollar el proceso de negociación que finalmente decidió la transición chilena.

En este texto veremos que la historia de rebeldía contra la dictadura militar en Chile y la recuperación de la democracia fueron más largas, mucho más largas y complejas que la historia relatada por las instituciones. Junto con las protestas, despertaron fuerzas aparentemente dormidas, se fortalecieron organizaciones, nacieron otras tantas. En el camino de surgimiento y consolidación se estructuraron formas de manifestar y constituir la politización social, pero también fueron moldeadas y constituidas por dichas fuerzas. Aunque sorprendieron con su irrupción el 11 de mayo de 1983, no emergieron de la noche a la mañana; se habían ido creando día a día, en resistencias clandestinas y cotidianas, individuales y colectivas.

Con las jornadas de protesta se desarrolló e incentivó entre los sectores de oposición una cultura política de la protesta urbana, caracterizada por la multiplicación del tejido asociativo; por la recuperación del espacio público y la expansión de las ocasiones para reunirse; por el fortalecimiento de visiones y proyectos alternativos; y por el desarrollo de numerosas actividades culturales y recreativas a nivel local y nacional. Cada esquina fue importante para desplegar el arte de la protesta, articulación de una actitud de confrontación abierta, de efervescencia ciudadana y masificación de métodos de autodefensa y hostigamiento popular al régimen³.

Aunque participaron diversos sectores, eran jóvenes y periféricos –violentos por su furia manifiesta y radicales por su persistencia– los cuerpos que caían junto a las barricadas y que al día siguiente los pobladores lloraban. Eran niños cuando llegaron los militares y crecieron entre sus dispositivos represivos, pero no estaban solos; también hubo presencia de clase media y edades adultas. Otras complicidades, quizás más silenciosas, estaban presentes, como las de las voluntarias y religiosas que curaban heridos, o más ruidosas, como el golpeteo de las cacerolas. Entre los manifestantes había dueñas de casa que abrían sus puertas y ofrecían refugio, también estaban quienes recopilaban informaciones y pertrechos para las fogatas. Unos rayaban paredes, otros imprimían panfletos, otros alimentaban la olla común. Diversos fueron los sectores y distintas las reivindicaciones involucradas, así como diferentes las formas de lucha. Por ello podemos afirmar que las definió su carácter interclasista. Esta red de relaciones –intercambios, negociaciones, decisiones y conflictos– no albergó una “esencia” o una “voluntad” profunda que permitía que la unidad fuera un punto de partida; por el contrario, como ha señalado Alberto Melucci, al pensar otras acciones colectivas, en este mar de lo diverso, la unidad fue un punto de llegada, una lucha constante, movедiza, siempre en construcción⁴.

³ Castells, Manuel. *Crisis urbana y cambio social*. S. XXI, México, 1981.

⁴ Melucci, Alberto. *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. Colmex, México, 2010.

¿Qué es lo que hizo a esa diversidad actuar conjuntamente? ¿Por qué la gente se movilizó? Numerosos estudios explican su irrupción con el colapso económico y financiero experimentado en Chile a principios de la década de 1980, porque efectivamente el ciclo de protestas coincide con la crisis de la inserción del Estado neoliberal, y sin duda las jornadas de protesta pueden ser explicadas dentro del deterioro de la calidad de vida de los trabajadores y el aumento de la inseguridad que afectó prioritariamente a los grupos más vulnerables de la población⁵. También se han explicado a partir de la segregación de los pobladores y su búsqueda de integración; en la anomia y falta de expectativas juveniles⁶, mientras otros adjudicaron su coherencia, pertinencia y masividad a la participación de los sectores medios⁷.

Por otro lado, existen diversos aportes que retoma nuestra investigación y la nutren, como aquellos que se detienen en el trabajo previo de partidos políticos dentro de las tomas de terreno y en la participación de poblaciones con tradición política —especialmente del Partido Comunista— y que efectivamente son las más combativas en la protesta⁸. Otros refieren el trabajo de las comunidades eclesíásticas de base y su esfuerzo por impulsar la organización popular, la dignidad y la reivindicación de sus derechos⁹. También retomamos investigaciones que explican la cultura política de la izquierda y la disposición nacida desde la clandestinidad para ser

⁵ Como señala Patricio Meller, durante los años de profunda recesión (1982-83), más del 50% de los desocupados pertenece al grupo del 20% de menores ingresos. Meller, Patricio. *Un siglo de economía política chilena (1890-1990)*. Editorial Andrés Bello, Santiago, 1996.

⁶ Campero, Guillermo. *Entre la sobrevivencia y la acción política. Las organizaciones de pobladores en Santiago*. ILET, Santiago, 1987. Eduardo Valenzuela, *La rebelión de los jóvenes*. Sur Ediciones, Santiago, 1984 y José Weinstein, *Los jóvenes pobladores en las Protestas Nacionales (1983-1984). Una visión sociopolítica*. CIDE, Santiago, 1989.

⁷ Eugenio Tironi, “Pobladores e integración social”. En *Proposiciones* N° 14, 1990, y Tomás Moulian, *Chile actual. Anatomía de un mito*. LOM, Santiago, 1997.

⁸ Ver los trabajos de: Schneider, Cathy. “La movilización de las bases. Poblaciones marginales y resistencia en Chile autoritario”. En *Proposiciones* N° 19, Santiago, 1990, y Castells, Manuel, *Ibid.*; y *Movimientos sociales urbanos*. S. XXI, Madrid, 2008.

⁹ De la Maza, Gonzalo y Mario Garcés, *op. cit.*

parte y protagonistas de estos tiempos de rebelión¹⁰. En cuanto a los factores operativos del éxito de la convocatoria, resultan un aporte las contribuciones que señalan, por ejemplo, el prestigio de un convocante con peso histórico, como la Confederación de los Trabajadores del Cobre, que lanzó el primer llamado, por un lado, y el hecho que la propuesta de actividades fuese bastante flexible para que la protesta se expresara según las posibilidades y la disposición de cada quien¹¹. No obstante, la mayoría de estos trabajos continúan teniendo a las jornadas como telón de fondo de otras preocupaciones y solo permiten explicar parte de su compleja trama, sin que hasta la fecha exista una reconstrucción sistemática que desentrañe bajo una mirada global sus significados, presencias y dinámicas internas¹².

Desde nuestra perspectiva, cada reivindicación desempeñó un papel propulsor; pero ninguno por sí solo fue un detonador automático de los disturbios. Como ha señalado el historiador inglés George Rudé, con larga trayectoria en el estudio de las rebeliones y protestas europeas, “la multitud puede levantarse porque está hambrienta o teme estarlo, porque tiene una profunda aflicción social, porque busca una reforma inmediata o el milenario o porque quiere destruir a un enemigo o aclamar a un ‘héroe’. Pero rara vez lo hace por una sola de estas razones”. Y continúa:

Debemos todavía explorar aquellos motivos que permanecen bajo la superficie. Y si están implicadas personas de diferentes clases y credos, algunos pueden ser impulsados por un motivo y otros por otro. En consecuencia, los motivos no solo variarán de una acción a

¹⁰ Álvarez, Rolando. *Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista (1973-1980)*. LOM, Santiago, 2003; y Bravo Vargas, Viviana. *¡Con la razón y la fuerza, venceremos! La Rebelión Popular y la subjetividad comunista en los '80*. Ariadna, Santiago, 2010.

¹¹ De la Maza, Gonzalo y Mario Garcés, *Ibid.*; y Salazar, Gabriel y Julio Pinto, *Historia Contemporánea de Chile. Tomo I. Estado, legitimidad y ciudadanía*. LOM, Santiago, 1999.

¹² Una aproximación interesante es la realizada por Antonia Garcés Sotomayor, *Los rostros de la protesta. Actores sociales y políticos de las jornadas de protesta contra la dictadura militar (1983-1986)*. Tesis para optar al grado de Licenciada en Historia. Universidad de Santiago de Chile, Santiago de Chile, 2011.

otra, sino también entre los diferentes grupos que participaron en el mismo disturbio¹³.

Además de plantear estos desafíos, Rudé ofrece una serie de orientaciones metodológicas a la hora de analizar lo que él llamó la ideología de la protesta. Según el historiador, esta sería resultado de la convergencia de tres factores: los elementos inherentes o ideas aparentemente más sencillas que circulan en el pueblo llano, a veces contradictorias y confusas, mezcla de tradiciones populares, mitos y experiencia cotidiana; los elementos derivados, es decir, el cúmulo de ideas y creencias externas que se toman prestadas y que a menudo se presentan en forma de un sistema más estructurado de ideas políticas, filosóficas o religiosas, y, por último, las circunstancias y experiencias que, en último término, determinan la naturaleza de la mezcla final¹⁴.

Sobre dicha matriz se hacen varias puntualizaciones. No existe una *tabula rasa* en la que se puedan injertar nuevas ideas donde antes no había ninguna, la ideología derivada solo puede absorberse efectivamente si el terreno se ha preparado con anterioridad (ello explica por qué hay ideas que no calan y son rechazadas o incluso son contraproducentes como movilizadoras de la rebelión). Tampoco hay una progresión lineal de ideas sencillas a complejas ni existe un muro entre ambas. En un camino de ida y vuelta, muchas ideas inherentes fueron resultado del paso del tiempo que permitió la internalización de ideas derivadas durante la misma experiencia de lucha, y no pocas alimentaron sistemas ideológicos más complejos, en tanto la génesis de su propuesta epistémica emana de la realidad misma, de la experiencia popular y de sus creencias. No se trata, por tanto, de que una sea superior a otra. Solo aislables para el análisis, las ideas inherentes y derivadas conforman una compleja amalgama. Por último, en el curso de su transmisión y

¹³ Rudé, George, La multitud en la historia. *Estudio de los disturbios populares en Francia e Inglaterra. 1730-1848*. S. XXI. Buenos Aires, 1971. *Ibid.* p. 225.

¹⁴ Rudé, George, *Revolución popular y conciencia de clase*. Crítica, Barcelona, 1990. pp. 10, 34 y 46.

adopción, todas las ideas derivadas sufren una transformación, en tanto su naturaleza –lectura e interpretación– dependerá de las necesidades sociales o de los objetivos políticos de las clases que están dispuestas a absorberlas. En definitiva, el pueblo enriquece los recursos ideológicos de su cultura política entre el adoctrinamiento, la experiencia y la lucha, constituyendo lo que Rosa Luxemburgo definía como el sedimento intelectual que alimenta los procesos de reflexión y confrontación¹⁵.

Como vemos, dentro de esta perspectiva, el concepto de experiencia ampliamente desarrollado por E. P. Thompson es vital.

Dentro del ser social tienen lugar cambios que dan lugar a experiencias transformadas: y esta experiencia es determinante, en el sentido en que ejerce presiones sobre la conciencia social existente, plantea nuevas cuestiones y proporciona gran parte del material de base para los ejercicios intelectuales más elaborados¹⁶.

Ahora bien, entre los motivos de la gente que protestó durante la dictadura identificamos un amplio abanico. Resulta evidente que en el período 1983-1986 los elementos propulsores inmediatos fueron, por un lado, la protesta contra la carestía de la canasta básica, del transporte, el hacinamiento, los sueldos que no alcanzaban. Reivindicaciones que se movilizaron por la defensa de derechos considerados legítimos y de importante arraigo: como el derecho a trabajar, a comer, a una casa, a transportarse y a vivir dignamente. Motivos que informan las luchas del siglo. Además de otras ideas-fuerza internalizadas en la misma experiencia de lucha, como el derecho a organizarse, expresarse, ocupar el espacio público, etc.

Pero también estuvieron en juego cuestiones valóricas, como un profundo sentimiento de injusticia ante la humillación y represión física y simbólica a la que eran constantemente expuestos. Tal

¹⁵ Desarrollo intelectual y cultural que Luxemburgo caracterizaba como el elemento duradero dentro de los flujos y reflujos del proceso revolucionario.

¹⁶ Thompson, E. P. *Miseria de la teoría*. Editorial Crítica, Barcelona, 1981. p. 20.

disputa valórica difícilmente puede ser medible o cuantificable, ya que como bien advierte E. P. Thompson:

Los valores no son “pensados” ni “pronunciados”; son vividos, y surgen en los mismos nexos de vida material y de relaciones materiales que nuestras ideas. Son las necesarias normas, reglas, expectativas, etc., aprendidas (y “aprendidas” en nuestros sentimientos) en el marco del “*habitus*” del vivir; y aprendidas en primer lugar en el seno de la familia, en el trabajo y en el interior de la comunidad inmediata¹⁷.

Estos sentimientos y conceptos organizadores se ensamblaron a un corpus de ideas derivadas fruto del trabajo agitativo militante de varios años de labor clandestina, capaces de resignificar y potenciar la lucha por la libertad, la democracia, los derechos humanos, el derecho a la rebelión popular, a utilizar todas las formas de lucha contra la represión, etc. (con el tiempo vendrán luchas por la igualdad de género, por la desmunicipalización de la educación secundaria, por la reivindicación de la raza, entre otras). Baste señalar, a modo de adelanto, que como agentes movilizadores y transmisores de esas orientaciones ideológicas se encontraban los militantes de partidos políticos, cuadros sindicales y agentes pastorales de la Iglesia Católica que desempeñaron un papel clave durante las jornadas. Con esto abordamos un asunto central, que tiene que ver con la discusión entre la supremacía de la organización versus el elemento espontáneo a la hora de caracterizar la protesta de la década de 1980. Pero lejos de alinearnos en una u otra, lo que observamos fue una retroalimentación entre lo que Rosa Luxemburgo llamó la “energía creadora de las masas”, de la que emana una potente creatividad y predisposición a la acción, y la organización política (incluyendo a la Iglesia comprometida), que fue capaz de generalizar y promover diversas ideas derivadas y formas de resistencia y lucha, dinamizando los procesos de confrontación. Elementos que estaban en sintonía con la cultura política chilena,

¹⁷Thompson, E. P. *Miseria de la... Op. cit.* p. 268.

el momento en que se desarrollaba la contienda y la predisposición subjetiva. Cuando esto no fue así, tanto la conducción como sus ideas derivadas mostraron prontamente sus límites a la hora de intentar masificarse.

Otro hilo que debemos cruzar en esta amplia red de motivaciones es el lugar que juega la memoria histórica como resorte propulsor de las protestas. Diversos estudios que analizan las protestas populares, especialmente de origen europeo, detectan como un elemento distintivo entre las rebeliones caracterizadas como “tradicionales” y “modernas” el horizonte de lucha, es decir, las primeras serían conservadoras en el sentido de querer restaurar un pasado dorado a través de luchas eminentemente defensivas (esto mayoritariamente corría para los sectores campesinos). Por el contrario, las protestas modernas serían progresistas, en tanto mirarían hacia adelante, ya que sus motivaciones se centrarían en la construcción de una sociedad distinta. Una dualidad que no nos sirve para pensar procesos como el chileno durante la dictadura, ya que gran parte de los protestantes se alzaron en torno al reclamo por recuperar un pasado arrebatado, proscrito. La experiencia de la Unidad Popular había sido experimentada como un triunfo individual y colectivo que consagró el ascenso del movimiento popular. Ese nosotros fue un poderoso imaginario colectivo que estructuraba y relucía bajo códigos, símbolos, expectativas y recuerdos; conformaba un proyecto de transformación social al que adherir y por el cual luchar. También entrañaba la defensa de derechos perdidos con la instauración neoliberal. En ese sentido, efectivamente la protesta contra la dictadura fue defensiva y restauradora. Entrañaba muchos sueños rotos. Frustraciones, dolores profundos. Ciertamente que en las calles resonaba más la consigna “democracia ahora” que “un mañana socialista”, pero la conciencia restauradora no implicó que la lucha tuviese un carácter reaccionario.

Otro elemento importante que ayudó a unificar lo diverso fue la complicidad de tener un enemigo compartido que alineó claramente a los bandos políticos. El antipinochetismo fue un peculiar consenso moral y ético que animó a desplegar la energía

antiautoritaria y la alegría de disentir en voz alta. ¿Qué nos dijo ese antipinochetismo manifiesto en las Jornadas Nacionales de Protesta? Principalmente, que un ser social no estaba completamente preso del dominio de los militares, que se había ido liberando en espacios moleculares y que estuvo dispuesto a desafiar la seguridad hegemónica de una dictadura que hasta 1981 festejaba el *boom* económico, su nueva Constitución Política e imponía el plan privatizador enmarcado en “las siete modernizaciones sociales” sin mayor disenso y con la inigualable oportunidad de experimentar sin enfrentar expresiones opositoras. En los corazones y las razones de los subalternos, los triunfadores eran impugnados moral y éticamente, y si estos, en su euforia remodeladora, lo habían olvidado, las protestas se lo recordaron. Quién mejor para expresar las percepciones del gobierno y el temor de las clases acomodadas que el propio ministro Secretario General de Gobierno Alfonso Márquez de la Plata: “Este país vivía en calma y tranquilidad hasta que algunas personas decidieron llamar a las denominadas ‘protestas pacíficas’”¹⁸.

En definitiva, es en la comprensión de la comunión entre las ideas y valores internalizados a partir de la propia experiencia de lucha, los canales de transmisión y los agentes movilizados de ideas derivadas como nos salvaremos del anacronismo y comprenderemos la fuerza de consignas tan recurrentes durante la dictadura como ¡Democracia, ahora!, una demanda potente y participativa, mucho más relacionada con libertad política y soberanía popular que con los supuestos delegativos de una representación electoral.

II

Sabemos que el 11 de mayo de 1983 Chile se sorprendió a sí mismo y que la coordinación de la protesta sorprendió a oficialistas y opositores. Pero, ¿de dónde les venían a los chilenos estas formas

¹⁸ *El Mercurio*, 13 de agosto 1983.

de protestar juntos que a tantos asombró? ¿De dónde extraían este repertorio con tintes de ritual? ¿Cómo se eligieron las calles para reunirse? ¿La idea de marchar, quemar el “mono”, bloquear esquinas, lanzar panfletos? ¿De dónde provenían las formas de violencia colectiva manifiesta en saqueos, incendios y destrozos? ¿Eso que se hizo —más que lo que se dijo— era algo nuevo? Pero si lo era, ¿en qué momento lo había aprendido una sociedad que supuestamente los militares habían puesto bajo un estricto control y orden?

Como ha demostrado una importante tradición historiográfica chilena, la historia de este país “cepillada a contrapelo”, revela cómo leyes e iniciativas de bienestar social fueron sembradas por el sufrimiento y la rebeldía de cientos de miles, y cómo los sectores populares se articularon políticamente para expandir o imponer sus derechos, frenar la explotación y desafiar el mando con la defensa de otro proyecto de vida. Todos elementos presentes en su cultura política¹⁹. En plazas, calles y avenidas está grabada la historia de la audaz confrontación ante medidas injustas tomadas por las autoridades, pero también persiste la huella de la represión que quiso silenciarlas. Si vamos a escarbar esa genealogía y abandonamos un instante la historia como discurso de las instituciones, coincidiremos con el historiador Armando de Ramón en que “la violencia ha estado siempre presente en la historia social y política chilena” y la capital ha sido un escenario recurrente. “Los últimos cincuenta años de la historia de Santiago han sido del todo incongruentes con una imagen de tranquila evolución y plácida existencia”²⁰.

¹⁹ Dentro de una extensa lista podemos señalar, por ejemplo, los trabajos de Sergio Grez, *De la 'regeneración del pueblo' a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*. Dibam, Santiago, 1997 y *Los anarquistas y el movimiento obrero*. LOM, Santiago, 2007; Mario Garcés, *Crisis social y motines populares en el 1900*. Ediciones Documentas, Santiago, 1991; Julio Pinto, *Trabajos y rebeldía en la pampa salitrera. El ciclo del salitre y la reconfiguración de las identidades populares (1850-1900)*. Usach, Santiago, 1998 y *Desgarros y utopías en la pampa salitrera*. LOM, Santiago, 2007; Illanes, María Angélica. *La Batalla de la Memoria: Ensayos Históricos de Nuestro Siglo: Chile, 1900-2000*. Planeta-Ariel, Santiago, 2002.

²⁰ De Ramón, Armando, *Santiago de Chile. Historia de una sociedad urbana*. Catalonia, Santiago, 2007. pp. 258 y 261.